

Por debajo de la palabra, silencio La sintaxis como interfaz y la naturaleza del léxico*

José Luis Mendiávil Giró
Universidad de Zaragoza

Ahora que los ladros perran, ahora que los cantos gallan,
ahora que albando la toca las altas suenas campanan;
y que los rebuznos burran y que los gorjeos pájaran,
y que los silbos serenan y que los gruños marranan,
y que la aurorada rosa los extensos doros campá,
perlando líquidas viertas cual yo lágrimo derramas
y friando de tirito si bien el abraza almada,
vengo a suspirar mis lanzos ventano de tus debajas.
Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*

1. Introducción

Aunque la presente aproximación se inscribe en los modelos llamados antilexicistas, en el sentido de que rechaza tanto la existencia de un léxico gramaticalmente estructurado como la de un componente morfológico capaz de crear palabras, no comparte la conclusión típica de dichos modelos de que las palabras son epifenómenos (p.e. Julien 2007). Más bien al contrario, y de acuerdo con desarrollos teóricos recientes (Boeckx 2008, Ott 2009), la presente aportación sitúa a la palabra como el rasgo central y distintivo del lenguaje humano. La aparente paradoja que esto entraña se resuelve precisamente con la hipótesis central que pretendo desarrollar: que las palabras no son unidades léxicas, sino que son en realidad construcciones sintácticas y que dichas construcciones sintácticas son la unidad mínima de conexión entre el sistema conceptual-intencional y el sistema sensorio-motor¹.

La primera parte de la hipótesis -que las palabras son construidas en la sintaxis- no es en absoluto original (p.e. Baker 1988, Marantz 1997, Julien 2002, Borer 2005a, b) y debe afrontar las mismas serias objeciones que se le pueden oponer a cualquier teoría

* La investigación subyacente a esta aportación forma parte del proyecto HUM2007-64200/FILO subvencionado por el Gobierno de España. Deseo agradecer los comentarios a una versión previa de Cedric Boeckx, Sandrine Deloor, Antonio Fábregas, Mamen Horno, Carlos Piera, David Serrano y José Francisco Val, quienes no son responsables de lo que aquí se afirma.

¹ En lo sucesivo asumimos el esquema básico de la Facultad del Lenguaje (FL) esbozado en Hauser, Chomsky y Fitch (2002) en el que el sistema computacional o sintaxis, que forma la FL en sentido estricto (FLE), es distinto formalmente de los sistemas conceptual-intencional (C-I) y sensorio-motor (S-M), que también forman parte de dicha FL, pero entendida en sentido amplio (FLA).

que pretenda ignorar el evidente comportamiento dispar de las palabras y de las construcciones sintácticas, tanto desde el punto de vista sintáctico como semántico -e incluso fonológico- (véanse Anderson 1992 o Williams 2007). La segunda parte de la hipótesis (esa que se formula en el título con el *dictum* “por debajo de la palabra, silencio”) pretende evitar esas objeciones al estipular que en realidad lo que hace “especiales” -i.e. léxicas- a las construcciones sintácticas que llamamos palabras es que son las unidades mínimas del lenguaje humano en las que se establece una conexión directa entre el sentido y el sonido, entre el significado y la forma fonológica. Se implica entonces que los morfemas tradicionales (incluyendo las raíces léxicas) carecen, por emplear la expresión saussureana, de plano de la expresión, por lo que únicamente las palabras estarían conectadas con los sistemas articulatorio perceptivos. Como las palabras son concebidas en el presente modelo como construcciones sintácticas, se sigue entonces que la sintaxis es la auténtica y única interfaz entre el sentido y el sonido. La conclusión principal será entonces que el léxico de una lengua no está formado por emparejamientos de sentido y sonido, sino únicamente por palabras fonológicas organizadas en paradigmas que, a través de la sintaxis, se relacionan con el sistema conceptual. Ese rasgo crucial de la palabra de ser a la vez una construcción sintáctica y la unidad mínima de emparejamiento con la fonología sería entonces la fuente de las evidencias que apuntan robustamente a una cierta discontinuidad entre la llamada sintaxis léxica y la sintaxis propiamente dicha (o sintaxis frasal) y que son las que están detrás de la llamada hipótesis lexicista.

La presente aproximación es antilexicista en el sentido de que no acepta la distinción entre sintaxis léxica y sintaxis frasal (lo que sustenta la visión de un único sistema computacional ciego a la frontera léxica) y en un sentido aún más radical, en tanto en cuanto se niega que exista un léxico propiamente dicho.

Pero si las palabras son vinculaciones sistemáticas entre computaciones sintácticas y formas fonológicas memorizadas, en cierto modo emerge una nueva forma de lexicismo en el que la aparente discontinuidad entre los dos tipos de sintaxis no es sino una consecuencia de la arquitectura de la conexión del (único) sistema computacional con el sistema sensorio-motor en el lenguaje humano.

Si esto es así, entonces la característica afirmación chomskiana de que la sintaxis es el núcleo esencial y distintivo del lenguaje humano no es contradictoria con la

afirmación de que es la palabra el núcleo esencial y distintivo del lenguaje humano, ya que la palabra es primordialmente una construcción sintáctica.

Por otra parte, la concepción de la palabra como una forma fonológica permite introducir en un modelo antilexicista una teoría morfológica basada en el modelo de *palabra y paradigma* (como por ejemplo el desarrollado por Anderson 1992 o Stump 2001), más adecuada empíricamente, en nuestra percepción, que modelos morfemáticos como el de la Morfología Distribuida.

2. Más allá de la controversia *lexicismo* vs. *antilexicismo*

La idea de que una lengua consiste en el emparejamiento sistemático de sonidos y sentidos es de sentido común. De hecho, tal idea aparece recurrentemente en la obra de los que probablemente sean los dos lingüistas más influyentes de la historia: Ferdinand de Saussure y Noam Chomsky.

La manera más común de substantiar esa idea es el recurso al léxico. En todas las aproximaciones teóricas el léxico consiste precisamente en eso: una colección de representaciones fonológicas que se emparejan con una colección de sentidos o significados. Esta propiedad del léxico, ejemplarmente representada en la teoría del signo lingüístico saussureano, se repite en todas las aproximaciones al lenguaje, independientemente de su orientación e independientemente de la teoría del léxico que haya detrás de cada una. El léxico, como repositorio elemental de unidades con substantiación material (típicamente fónica) y conceptual, es pues un elemento imprescindible en la modelización de qué es una lengua y en nuestra concepción de qué implica que una persona conoce una lengua.

Incluso en el ámbito generativista, más proclive a concebir la sintaxis como el componente central del lenguaje humano, el papel del léxico es crucial. En cualquiera de sus modelos el llamado sistema computacional (la sintaxis) se nutre de un léxico del que toma los ítems que luego combina para construir estructuras mayores. Por supuesto que la manera en cómo sucede esto es objeto de viva controversia y es el centro de la disputa entre aproximaciones lexicistas y no lexicistas. En las primeras la palabra tiene un estatus especial en tanto en cuanto tiene propiedades que no tienen las construcciones sintácticas, de manera que se asume que de alguna manera la derivación de la estructura interna de las palabras y la de otros objetos sintácticos mayores sucede

en módulos distintos de la gramática. En las segundas se suele asumir que las palabras son formadas por la propia sintaxis, de manera que la propia palabra no es un objeto derivacional privilegiado o especial, al menos en lo que a la arquitectura de la gramática respecta, dado que tanto las palabras como las frases se tratan como el resultado del mismo sistema computacional (la sintaxis).

En todo caso, es evidente que incluso en las llamadas aproximaciones no lexicistas se presume un léxico (un emparejamiento sistemático de sentidos y sonidos) previo a la computación sintáctica, aunque en este caso no formado por palabras, sino por unidades menores.

La idea central de esta aportación es que dicha presunción es errónea. La alternativa que se propone es que en el lenguaje humano no hay un emparejamiento sentido-sonido previo a la sintaxis. O en otras palabras, que sentido y sonido no se emparejan directamente, sino sólo a través de la sintaxis. Esto implica que la interfaz entre el sentido y el sonido no es el léxico, sino la propia sintaxis. Esto no es novedoso si pensamos en las oraciones como vínculos sistemáticos entre pensamientos y cadenas de sonidos (es de hecho la definición de Chomsky del lenguaje), pero sí si pensamos en el ámbito léxico. Lo que se plantea es pues una manera más radical de implementar esa idea vaga (aunque esencialmente correcta) de que la sintaxis es un medio de relacionar sistemáticamente pensamientos y sonidos².

Esta aproximación es en cierto modo paralela al reciente modelo denominado “nanosintaxis” (desarrollado esencialmente por M. Starke), en el que se parte de la asunción de que los nudos sintácticos básicos son frecuentemente submorfémicos. La consecuencia de esto, para dicho modelo, es que “morphemes and words can no longer be the spellout of a single terminal. Rather, a single morpheme must ‘span’ several syntactic terminals, and therefore corresponds to an entire syntactic phrase” (<http://nanosyntax.auf.net/whatis.html>).

Si los morfemas son realización de estructuras sintácticas complejas, según la aproximación nanosintáctica se sigue que entonces “entire syntactic phrases are stored in the lexicon (not just terminals) and it also means that there cannot be any lexicon

² No estoy en posición de argumentar que realmente no existen esas conexiones previas a la sintaxis; lo que se propone es que en el caso de que existan, son irrelevantes para la sintaxis, esto es, son inaccesibles al sistema computacional (aunque pudieran haber tenido un papel en la evolución del lenguaje, o puedan tenerlo en el lenguaje infantil o en ciertos síndromes afásicos).

before the syntax -i.e. syntax does not ‘project from the lexicon’” (<http://nanosyntax.auf.net/whatis.html>).

Aunque en las páginas siguientes defenderé que, en efecto, la sintaxis no se proyecta del léxico, propondré también una alternativa a la afirmación, aparentemente contradictoria, de que son las estructuras sintácticas completas las que se almacenan en el léxico.

En trabajos recientes de visión general, tanto Williams (2007) como Ackema y Neeleman (2007) plantean serias objeciones a las teorías antilexicistas, especialmente al modelo de la Morfología Distribuida (MD) (Marantz 1997; Embick y Noyer 2007). Como señala Williams (2007), la hipótesis lexicista no implica necesariamente que se renuncie a emplear la sintaxis para explicar la estructura interna de las palabras, sino que se afirma que la sintaxis que explica la estructura interna de las palabras es, al menos en parte, *distinta* de la que explica la estructura de la oración. El planteamiento de Ackema y Neeleman es explícito: “Are the generative systems that produce words and phrases identical or distinct?” (2007: 325). Su conclusión se decanta igualmente por la segunda opción. La presente aproximación pretende mostrar una vía, en desarrollo incipiente, que permitiría mantener el principio minimalista de que solo hay un tipo de sintaxis (evitando así la redundancia inherente a los modelos lexicistas), a la vez que evita los problemas empíricos y teóricos de las teorías sintactistas más desarrolladas, como la MD respecto de las palabras morfológicamente complejas o la teoría exoesquelética de Borer (2005a, b) en lo que respecta a la estructura argumental y eventiva, así como algunas implicaciones de la aproximación nanosintáctica.

Es evidente que la hipótesis nula es que únicamente hay un componente generativo en el lenguaje. Puesto que no cabe dudar de la capacidad generativa de la sintaxis, la introducción de mecanismos generativos en la morfología y en el léxico genera redundancia. Por su parte, como ha argumentado extensamente Borer (2005a y b), la introducción de información sobre la estructura eventiva y argumental en las entradas léxicas es igualmente costosa, en la medida en que favorece la visión de la división del trabajo con un mayor peso en la capacidad de “almacenar” que en la de “calcular”. Por supuesto, la adopción de la hipótesis lexicista no es una renuncia gratuita a la elegancia teórica, sino el resultado de la necesidad de adecuación descriptiva de la teoría y, fundamentalmente, una manera de limitar la inadecuada sobregeneración de los

modelos sintactistas. Así, y sin ánimo de exhaustividad, entre los principales argumentos a favor de una teoría lexicista se encuentran los siguientes:

- Fenómenos de *integridad léxica*, que hacen invisible la estructura interna de la palabra a operaciones sintácticas (hipótesis de integridad léxica, HIL).
- *Productividad limitada* de muchos procesos derivativos y compositivos.
- Fenómenos de *significado estructural*, en los que el comportamiento diferente de diversas clases de palabras (especialmente verbos) se asocia a primitivos de significado léxico diferentes.

La presente aproximación sugiere que la hipótesis de que la palabra es la unidad mínima de emparejamiento con S-M podría ofrecer un marco de explicación a ese carácter aparentemente restringido e idiosincrásico de la sintaxis interna de la palabra dentro de un contexto puramente antilexicista.

3. La sintaxis como interfaz

La hipótesis central de esta aportación es que el sistema computacional no combina unidades léxicas (ya sean morfemas o palabras), sino que computa únicamente categorías funcionales³. La primera implicación de dicha hipótesis entonces es que la operación sintáctica básica es la categorización. Definiremos categorización como el ensamble (*merge*) de un *concepto* (tomado del sistema conceptual con el que interactúa la FLE) y una *categoría funcional básica*. Las categorías funcionales básicas pertenecen al sistema computacional y categorizan sintácticamente (lexicalizan) a sus complementos (los conceptos).

La concepción de la sintaxis como un sistema de interfaz es natural en la tradición minimalista reciente. Boeckx (2008) es especialmente explícito al respecto y expone y desarrolla un modelo del que el presente es una variante más radical:

“At the most basic level of description natural language syntax can be characterized as an interface system, providing the meeting ground between ‘sound/sign’ (more accurately, the mental systems responsible for externalization, henceforth PHON) and ‘meaning’ (the mental systems giving rise to

³ Esta idea es coherente con el modelo “exoesquelético” de Borer (2005), según el cual las unidades léxicas (*listemas*) carecen de estructura gramatical y se limitan a *modificar* las estructuras. La diferencia con dicho modelo radica en que negamos que existan listemas como emparejamientos de forma y sentido independientemente de la sintaxis.

thought, hereafter SEM). Natural language syntax operates on unites that are standardly characterized as bundles of features. *Such features are lexicalized concepts*. Syntax creates ever-larger molecules by combining featural atoms through iterated use of Merge. Such molecules, the expressions generated by syntax, provide instructions to PHON and SEM” (Boeckx 2008: 63, cursiva añadida).

Como puede observarse, el modelo descrito implica que la sintaxis es la interfaz entre tres sistemas en realidad: los que el autor denomina PHON y SEM y, además, el léxico formado por “conceptos lexicalizados” (véase el gráfico explícito en Boeckx 2008: 64). La propuesta que hemos formulado se aparta de esa concepción en el sentido de que afirma que la operación de ensamble es también la responsable de crear los propios conceptos lexicalizados (por medio de la categorización de un concepto). La consecuencia es un modelo aún más simple en el que la sintaxis media directamente entre SEM y PHON. La implicación más relevante de este paso es la eliminación del léxico de la FLE, aunque al precio de asumir que las propias categorías funcionales básicas, las categorizadoras, son parte de FLE, esto es, forman un léxico puramente funcional o gramatical integrado en el sistema computacional.

Los *modistae* (véase Bursill-Hall 1971) afirmaban que los términos latinos *dolor* y *doleo* tenían un mismo significado pero distintos *modi significandi*, a la vez que afirmaban que los significados no eran relevantes para la gramática, que se habría de centrar en los distintos modos de significar. Cuando afirmamos que una categoría funcional toma como complemento un concepto y lo hace sintácticamente computable lo que queremos decir es que la función esencial de la sintaxis es precisamente la de establecer computaciones entre conceptos por medio de categorías funcionales. En otras palabras, afirmamos que la sintaxis es el único medio de combinar conceptos entre sí para producir conceptos nuevos y más complejos. También asumimos pues que los conceptos no forman parte de la FLE y no tienen por tanto propiedades lingüísticas. Una carencia esencial de los conceptos es precisamente que no están conectados con el sistema articulatorio perceptivo. Lo que haya de común desde el punto de vista léxico entre *dolor* y *doleo*, aunque es obviamente crucial para entender esas palabras y las estructuras en las que se inserten, no es una unidad lingüística, esto es, no es un emparejamiento sonido/sentido. En otras palabras, afirmamos que en latín la raíz *dol-* no significa nada, puesto que no tiene conexión con concepto alguno. Por decirlo en términos más crudos, *dol-* en latín (y en español) es lingüísticamente inservible, puesto que solo las palabras relacionan una forma y un significado.

Nótese que esto implica, en contra de los modelos habituales, que el sistema computacional, la sintaxis, no se “alimenta” de unidades léxicas (sean éstas concebidas como raíces, morfemas o conceptos lexicalizados), sino que directamente computa conceptos por medio de categorías funcionales. Nuestra hipótesis más concreta es que la conexión entre los conceptos y los sonidos (esto es, las representaciones fonológicas) está mediada por la sintaxis y que únicamente los conceptos categorizados, esto es, las *palabras*, pueden tener una relación con el componente fonológico⁴.

Por simplificar la exposición asumiremos que existen tres *familias* de categorías funcionales básicas o categorizadoras: *N*, *V* y *A*. Estas familias de categorías remiten claramente a las clases de palabras clásicas, esto es, nombres, verbos y adjetivos. Siguiendo la teoría de las categorías léxicas de Baker (2003) asumiremos que nombres, verbos y adjetivos son las únicas categorías léxicas que existen y que son universales. Pero *N*, *V* y *A* no son categorías léxicas, sino que son categorías funcionales que toman un concepto y lo convierten en una unidad léxica. Así pues, *N*, *V* y *A* son categorías funcionales que toman conceptos como complementos y los convierten en objetos sintácticos. En otras palabras podría decirse que las categorías funcionales básicas hacen a los conceptos “visibles” para la sintaxis y, a través de ésta, aquellos se vinculan mediatamente al sistema S-M. Podría decirse entonces que las categorías funcionales *N*, *V* y *A* son diferentes instancias de lo que Chomsky (2005) denomina *edge-feature*⁵. En este sentido, la categoría sintáctica es la propiedad que hace computable a un concepto.

El propio Baker se pregunta qué es lo que lleva una categoría. Observa (2003: 265-267) que tanto la gramática tradicional como las teorías lexicistas responden a esa pregunta que lo que lleva una categoría, esto es, que lo que está categorizado, son las raíces o los temas léxicos, mientras que los constructivistas como Borer o los partidarios de la MD (e incluso los funcionalistas como Hopper y Thompson 1984) vienen a decir que son las estructuras sintácticas las que llevan categoría (las *root phrases* de la MD). Pues bien, la alternativa propuesta es diferente a las dos líneas de respuesta: lo que está categorizado, lo que lleva categoría son los conceptos. La respuesta del propio Baker no

⁴ Otra forma de plantearlo sería afirmar que lo que los hablantes aprendemos y usamos no son morfemas, sino palabras. Desde esta perspectiva los morfemas serían accidentes históricos en la materialización de las estructuras sintácticas.

⁵ “For an LI [ítem léxico] to be able to enter into a computation, merging with some SO [objeto sintáctico] [...], it must have some property permitting this operation. A property of an LI is called a *feature*, so an LI has a feature that permits it to be merged. Call this the *edge-feature* (EF) of the LI.” (Chomsky 2005: 5).

es muy clara. Su aproximación es claramente sintactista, pero concibe las categorías (*A*, *N* y *V*) como inherentemente asociadas a los lexemas (salvo en el caso de los verbos, que deriva siempre de adjetivos). Se dice compatible con Marantz (2000) (Baker 2003: 269, n.2), pero niega disponer de evidencia para la separación sistemática entre *n*, *v*, *a* y las raíces léxicas. Este problema de la MD recibe una explicación en el presente modelo en el sentido de que siempre resulta natural postular que en toda categoría léxica hay un componente sintáctico (la categoría) y uno puramente conceptual⁶.

La primera operación de la sintaxis es por tanto la de convertir conceptos en “palabras sintácticas” (*N*, *V* o *A*). Las “palabras sintácticas”, en condiciones que pueden variar de lengua a lengua, se materializan, esto es, se emparejan con representaciones fonológicas (“palabras fonológicas”), y dichas representaciones eventualmente se memorizan. Existe, pues, un léxico para cada lengua, pero es puramente morfológico/fonológico, esto es, es una parte de S-M.

Este modelo predice que la interpretación de toda palabra siempre tiene una parte composicional (al menos concepto y categoría). Ninguna palabra es un átomo sintácticamente, aunque pueda serlo morfológicamente. Sin embargo, ello no implica que todas las palabras tengan que ser composicionales sin residuo. Lo típico es que no lo sean. Este hecho se sigue precisamente de la propiedad que singulariza a las palabras, esto es, el ser las unidades mínimas de vinculación entre sentido y sonido (esto es, las unidades mínimas de memorización lingüística)⁷.

En función de las lenguas, esto es, de su historia morfológica, se determinará el momento de la materialización, esto es, el momento en el que se establece la conexión entre la derivación sintáctica y la forma fonológica.

En esencia, pues, la hipótesis de la sintaxis como interfaz implica que una palabra es una forma fonológica (típicamente un paradigma de formas fonológicas) que se asocia memorísticamente a un fragmento de derivación sintáctica. El papel de la morfología en un modelo de este tipo es el de un interfaz entre la derivación sintáctica y la forma fonológica. La morfología en este modelo no está pues *distribuida*, ya que los

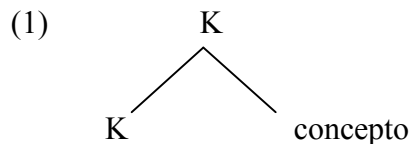
⁶ Observa Baker (2003: 270) que la ausencia de contenido de las categorías sintácticas (que serían derivativas en el modelo de la MD) hace que se tengan que establecer como *axiomas* las selecciones entre ellas, mientras que su modelo, que -como el presente- les atribuye propiedades, las establece como *teoremas*.

⁷ En cierto modo podría decirse que la materialización de las derivaciones mínimas implica que ciertas derivaciones sintácticas (las palabras) se almacenan en el sistema motor.

nudos terminales de las derivaciones sintácticas no están constituidos por morfemas ni raíces léxicas, sino por conceptos y categorías funcionales. En los apartados siguientes consideramos con más detalle cómo se implementa un modelo así y en los apartados 6 y 7 volvemos al lugar de la morfología y de las propias palabras en el seno de la gramática.

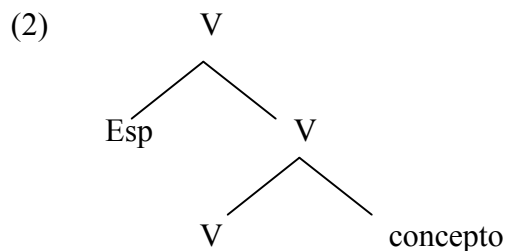
4. Categorización y materialización

Como se ha adelantado, las categorías funcionales básicas, que es lo mismo que decir que lexicalizadoras, toman un concepto del sistema conceptual y lo proyectan por medio de ensamble en una construcción de la forma siguiente:



En (1) la categoría *K* toma como complemento un *concepto* y lo convierte en una instancia de *K*, esto es, en una proyección sintáctica. *K* es por tanto la responsable de las propiedades de ese objeto sintáctico, mientras que el concepto, por definición, se limita a proporcionar contenido léxico conceptual. Nótese que esta operación de ensamble es asimétrica por definición, ya que solo uno de los elementos tiene categoría.

Asumiendo en lo esencial la teoría de las categorías léxicas de Baker (2003) definiremos la categoría *V* como la categoría que toma un concepto como complemento y le añade un especificador (un sujeto)⁸. Por tanto, si *K* es *V*, tendremos:

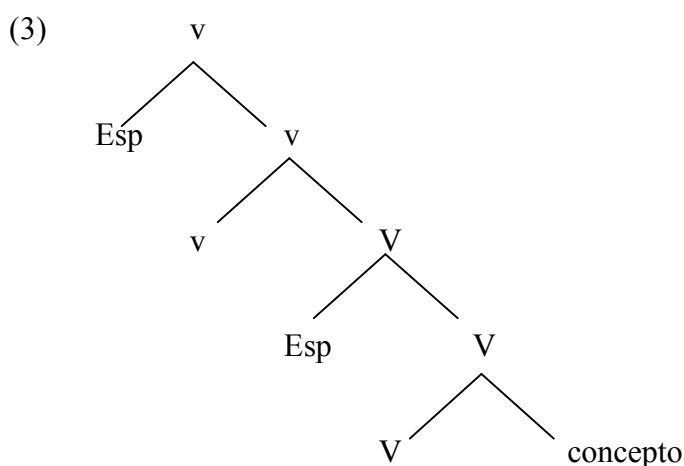


Ese sería el esquema básico de un verbo inacusativo o de un fragmento de verbo transitivo, en el sentido de que el especificador es el argumento interno del verbo. Interpretaremos *V* como la categoría que en algunas teorías se representa como *Asp(ecto)* (Borer 2005b, MacDonald 2008) o *Process* (Ramchand 2008) y básicamente

⁸ En la teoría de las categorías léxicas de Baker un verbo se define universalmente como la única categoría léxica que habilita un especificador (un sujeto).

implica la relación entre el argumento interno y la fase de proceso del evento representado. Así pues, aunque por claridad y conveniencia empleo las etiquetas tradicionales (*V*, *N*), éstas representan a categorías funcionales interpretables y no son únicamente etiquetas categoriales.

La categorización sintáctica del concepto tiene pues dos consecuencias simultáneas: convierte un concepto no lingüístico en una unidad lingüística y, por ello mismo, lo categoriza determinando su ulterior comportamiento en la derivación (y, en última instancia, claro, su interpretación). Asumamos que el concepto del esquema anterior es el concepto que subyace a la raíz léxica del verbo *destruir*, sea este lo que sea. Si la construcción de (1) es seleccionada por *v* (que corresponde a la categoría *v* de Chomsky 1995, *voz* de Kratzer 1996 o *Inicio* en Ramchand 2008), entonces tenemos una nueva verbalización de la derivación, con la adición de un nuevo especificador (el argumento externo o iniciador):



Hasta el momento tendríamos una derivación que toscamente significa que un argumento X inicia un proceso que le sucede al argumento Y, proceso que está definido por el concepto escogido (el de ‘destrucción’). Al margen del orden de palabras (ahora irrelevante) la derivación sintáctica presentada serviría para cualquier lengua (asumiendo que todas las lenguas son configuracionales). Nótese que los nudos terminales de (3) -al margen ahora de los especificadores- no son palabras ni morfemas, esto es, ni son *listemas* (los emparejamientos sonido/sentido del modelo de Borer 2005a, b) ni son raíces o afijos (como en la MD de Marantz 1997, 2000). De hecho, más allá del inventario de categorías funcionales (que asumimos universal y limitado), no hay léxico alguno implicado en la derivación. En otras palabras, en esta aproximación *aún* no hay un emparejamiento sistemático de sonidos y significados; únicamente hay

entidades puramente conceptuales (tomadas del componente C-I) y categorías funcionales. Merece la pena insistir en la relevancia de este hecho: los nudos terminales de (3) no son morfemas ni son palabras, en el sentido de que no se han reclutado de un léxico que represente emparejamientos mínimos de sonido y sentido. Esta es una diferencia crucial con otras aproximaciones antilexicistas.

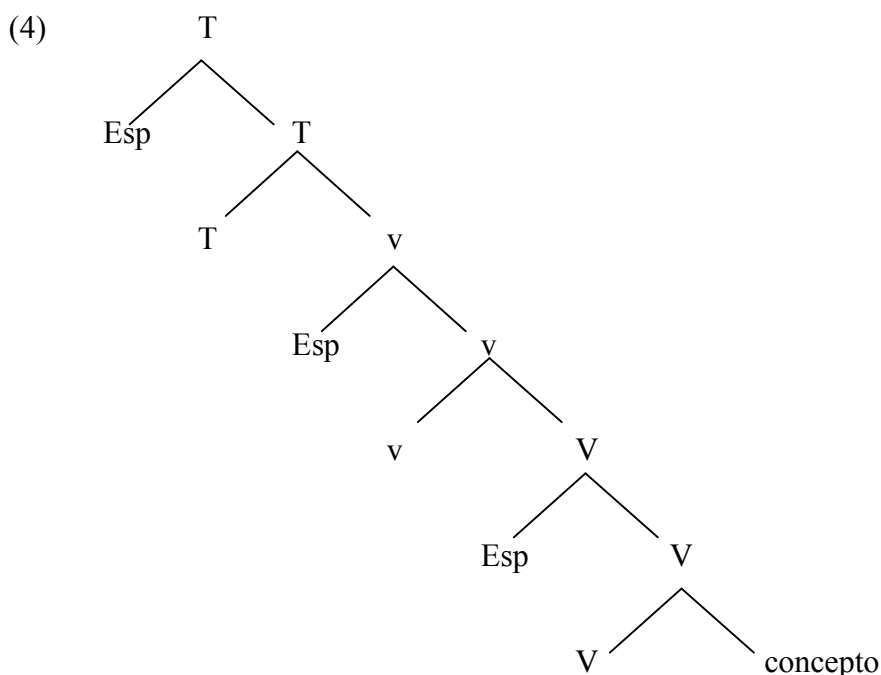
La hipótesis nuclear de la presente propuesta implica que el emparejamiento entre sentido y sonido se produce únicamente a través de la sintaxis. O lo que es lo mismo, que la sintaxis es el interfaz entre el sistema C-I y el sistema S-M. Ello implica entonces que sólo una vez que un concepto está categorizado es candidato para emparejarse con una forma fonológica, esto es, para que se produzca lo que en la tradición generativista se denomina *inserción léxica*⁹.

Hay una larga disputa en el seno de la gramática generativa sobre si la inserción léxica se produce al principio o al final de la derivación. En la presente aproximación seguimos la idea -no extraña en los desarrollos teóricos minimalistas actuales- de que el momento de la inserción léxica pueda variar, dentro de unos límites estrictos, en función de las propiedades morfológicas de las lenguas¹⁰. Si interpretamos el esquema de (3) a la luz de la morfología del español, habremos de decir que esa secuencia es impronunciable, en el sentido de que los verbos en español expresan al menos rasgos de tiempo y concordancia que no aparecen en (3)¹¹. Así pues parece que en español (y en otras muchísimas lenguas) la derivación de un verbo (en este caso *destruir*) debe alcanzar también al nudo funcional *T* (que -siguiendo el uso estándar- expresa tiempo y los rasgos *phi* del sujeto):

⁹ Según el modelo propuesto la inserción léxica equivale realmente a la materialización.

¹⁰ Baker lo ha expresado con claridad: "Suppose that we leave the insertion point open, so that the insertion of a vocabulary item can take place at any point in the derivation as long as the language has an item that can realize the particular collection of syntactic formatives in question" (Baker 2003: 81).

¹¹ Por supuesto, los argumentos situados en los especificadores, en la medida en que hayan completado su propia derivación, serán pronunciables.



Hemos establecido como hipótesis que sólo las unidades categorizadas pueden tener materialización fonológica. Sin embargo, esta es una condición necesaria pero no suficiente. El punto concreto de materialización de los núcleos de una estructura como la de (4) dependerá de la morfología de cada lengua, esto es, de la estructura morfológica de las formas fonológicas, esto es, de la extensión de sus paradigmas.

Por hipótesis, el *concepto* representado en (4) no sería un candidato posible para la materialización, por lo que asumimos que se incorpora a su núcleo (*V* en este caso)¹². *V* sería ya un candidato posible, pero no en español. Asumimos entonces, también siguiendo la tradición de Principios y Parámetros, que *V* se incorpora a *v* (movimiento de núcleo a núcleo), con un resultado aún insatisfactorio para el español, al menos para la llamada conjugación sintética¹³. Así pues, únicamente un ulterior desplazamiento a *T* reunirá bajo un mismo nudo sintáctico todos los rasgos incluidos en una forma verbal como, por ejemplo, *destruyó* (asumiendo, toscamente, que *T* es pasado, perfecto y que el sujeto tiene los rasgos *phi* de singular y tercera persona). Sólo

¹² Más propiamente deberíamos decir que sufre un proceso de *conflation* en el sentido de Hale y Keyser (2002: cap. 1, original de 1998), con la diferencia de que para Hale y Keyser la ‘conflación’ es una especie de incorporación en el léxico (algo revisado en Hale y Keyser 2002: capítulo 3). Dado que no aceptamos la distinción entre sintaxis léxica y sintaxis frasal, no habría manera de distinguir los dos fenómenos. Como sugiere Baker, la conflación se podría definir como “incorporation prior to lexical insertion, resulting in categorization” (2003: 168), que es precisamente lo que observamos en el ejemplo.

¹³ Es posible que las formas no finitas de conjugaciones perifrásticas (como *he destruido* en español) sí sean candidatos para lexicalización (materialización) antes de *T*, por lo que el auxiliar se materializaría de forma independiente como realización de *T* o de *T/v*, un asunto que dejamos simplemente apuntado.

en ese momento, en español, se puede producir la inserción léxica de la forma *construyó* en *T*, esto es, más propiamente, se producirá la materialización del núcleo complejo *T/V/v/concepto*.

Nótese que el modelo propuesto no hace sino recoger la tradición (que incluye a los partidarios de la llamada hipótesis lexicista débil) que asume que la morfología flexiva es un asunto esencialmente sintáctico¹⁴. También recoge el modelo esbozado la tradición reciente de intentar derivar la estructura argumental y eventiva de la derivación sintáctica (especialmente Borer 2005b). Sin embargo, como se ha señalado en el apartado anterior, la presente aportación pretende esbozar un modelo radicalmente antilexicista o, si se prefiere, un modelo en el que únicamente hay una sintaxis, insensible a módulos específicos, en este caso de acuerdo en esencia con la aproximación de la MD y sus extensiones “nanosintácticas”. La única adición substancial a estas tradiciones es la hipótesis del “silencio por debajo de la palabra”, lo que paradójicamente convierte a la presente aproximación en una teoría lexicista en la medida en que se rechaza que los nudos terminales de las derivaciones sintácticas sean morfemas y se niega la propia existencia de los morfemas como emparejamientos mínimos de sentido y sonido, uno de los pilares de la lingüística occidental¹⁵.

Una consecuencia de tal compromiso (compartido con la MD) es que la morfología derivativa debería tratarse de la misma manera, esto es, sin recurso a un tipo especial de sintaxis léxica o a reglas de formación de palabras. De hecho, la morfología derivativa puede resultar un fenómeno especialmente adecuado para investigar la naturaleza de las categorías gramaticales, bajo el supuesto de que los afijos derivativos son versiones más complejas de las categorías básicas *N*, *V* y *A*.

Para ilustrar esto, consideremos primero la proyección de conceptos como nombres, esto es, la nominalización.

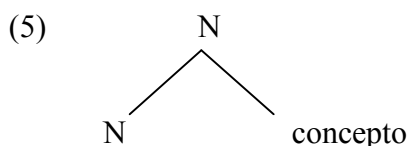
¹⁴ Julien (2002) revisa 530 lenguas de 280 grupos genealógicos distintos y concluye que su examen de la morfología verbal apoya en un altísimo grado la hipótesis de que el orden de morfemas se determina exclusivamente desde el punto de vista sintáctico. Aunque es siempre posible objetar algún análisis basado en movimientos poco justificados, no deja de ser significativo que el orden de morfemas de tal cantidad de lenguas se puede derivar de una única estructura subyacente por medio de una sintaxis en la que el movimiento y la adjunción siempre se producen hacia la izquierda.

¹⁵ En este sentido, la aproximación propuesta es compatible con la morfología “a-morfa” de Anderson (1992) en tanto en cuanto a efectos de morfología, el modelo se inscribiría más bien en la familia de modelos de “palabra y paradigma”.

Según la teoría de las categorías léxicas de Baker (2003) lo que caracteriza a los nombres es lo que denomina *criterio de identidad*, esto es, la mismidad (*sameness*). Se refiere Baker, apoyándose en la tradición filosófica de Gupta y Geach, a que sólo los nombres tienen un componente semántico que hace legítimo preguntarse si X es lo mismo que Y. Observa Baker que tanto los nombres como los verbos y los adjetivos tienen *criterios de aplicación*, de manera que sabiendo qué significa *perro* podemos identificar qué objetos son perros, sabiendo qué significa *azul* identificamos qué cosas son azules y sabiendo qué significa *gritar* reconocemos quién está gritando. Sin embargo, sólo los nombres “set standards by which one can judge whether two things are the same or not” (Baker 2003: 101). Baker no asocia ese rasgo esencial de los nombres a una categoría funcional determinada, sino que emplea el recurso a los índices referenciales, basándose en la intuición de que la capacidad referencial y de cuantificación de los constituyentes nominales se basa en última instancia en ese criterio de identidad. Por su parte, Borer (2005a) desarrolla una teoría mucho más detallada y sofisticada de las categorías funcionales que hacen nombre a un nombre. Básicamente Borer argumenta que los nombres son los listemas que aparecen dominados por tres categorías funcionales: *Cl*(asificador), *C*(antidad) y *D*(eterminante). La categoría más cercana al listema en su modelo es *Cl*, que en su teoría tiene relación directa con el número plural. Según Borer el rasgo de pluralidad tiene como efecto fragmentar una interpretación continua o incontable en una especie de retículas o particiones. La posterior especificación del nudo de cantidad superior (con un cardinal o un cuantificador) selecciona un determinado número de celdas de esa red que fragmenta la denotación del nombre¹⁶. Borer estipula que dado que en chino y otras lenguas los nombres sin clasificador se interpretan como incontables, el valor incontable sería el valor por defecto de los nombres, esto es, el valor resultante de la ausencia de la categoría *Cl* (plural) en la derivación. El problema con esa interpretación es que en realidad entonces no queda claro cómo en ausencia de dicha categoría se nominaliza el listema seleccionado cuando obtenemos una lectura incontable (cfr. el esquema de Borer 2005a: 110, en el que la nominalización simplemente se estipula). Es interesante observar que el modelo de la nominalidad de Baker, basado en la idea (más difusa) del

¹⁶ La interpretación contable de nombres en singular requerirá entonces de la presencia de un clasificador explícito, como es habitual en chino, o de la presencia de un clasificador que también cuantifica, como el indefinido *a/an* en inglés, según argumenta la autora (Borer 2005a: 109 y ss.).

criterio de identidad, también se relaciona en realidad con la pluralidad y la cantidad. En efecto, por definición, la pluralidad es un requisito para poder *contar*. Pero no es el único ni el primero. Para contar, por ejemplo, perros no sólo es relevante que haya una pluralidad de perros, sino también que estemos seguros de si el siguiente perro es distinto o igual al anterior (de si es el *mismo* o no); por su parte, los nombres incontables no se pueden contar, pero sí se pueden *medir* y para saber cuánta agua hay debemos estar seguros de que el agua que medimos ahora no es la *misma* que ya hemos medido. Por tanto, parece razonable asumir que la categoría nominal básica será la que proporcione criterio de identidad o *mismidad* a los nombres y sirva pues de legitimador para la categoría de número plural superior. No parece descabellado afirmar que un requisito para la pluralidad sea la singularidad, de manera que postularemos que la primera categoría nominalizadora es el número singular, que será la responsable del criterio de identidad¹⁷. También asumiremos, sin mayor discusión, que en español el género (o, si se prefiere, la “marca de palabra”) es la expresión morfológica del número singular¹⁸. Por tanto, representaremos la nominalización de un concepto como el ensamble de un concepto a la categoría *N* (por *Número singular*, que además -en español- puede ser masculino o femenino). El número plural (*n*), equivalente al nudo *Cl* de Borer, será pues otra categoría funcional superior que selecciona a *N* como complemento. Así pues, la derivación de un nombre singular como *gato* será la siguiente:



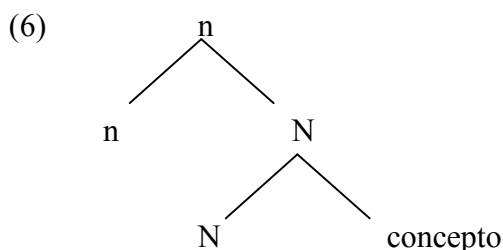
Así como en español *destru-* (aunque tenga un sujeto y un objeto directo) -como en (3)- no es una palabra que signifique algo, *gato* sí lo es, por lo que en esta lengua la materizalización se puede producir ya en ese momento. El modelo predice que el resultado será un nombre masculino singular incontable, algo aparentemente inadecuado. Pero nótese que los llamados nombres contables pueden usarse como

¹⁷ Remitimos a Borer (2005a) para una justificación detallada de que el nudo *Cl* (el que determina la interpretación contable) solo está presente en nombres en plural o en construcciones con clasificadores, que suelen estar en distribución complementaria. La hipótesis de que el número singular representa una categoría funcional independiente y que es responsable del criterio de identidad de Baker queda aquí esbozada informalmente y pendiente de ulterior investigación.

¹⁸ La anterior afirmación se refiere al género no interpretable. Vease Fábregas (2005) para una discusión más detallada del género interpretable (en nombres animados).

incontables en casos bien conocidos de coerción como, por ejemplo, *Es mucho gato para tan poco perro*¹⁹. La representación de esta oración incluiría pues la de (5).

La obtención de un nombre contable implica la adición del nudo plural *n* o la introducción de un clasificador explícito (*un* por antonomasia). Así, la derivación de *gatos* implicaría el esquema siguiente:



Como en el caso de (5), el concepto se incorpora a su núcleo (*N*) donde obtiene número singular (esto es, criterio de identidad, *nominalidad* -así como género morfológico-) y el complejo resultante se incorpora a *n* donde obtendría número plural y lectura contable. Nótese que el modelo predice que en lenguas en las que no existe morfología de plural (como en chino) la obtención de un nombre contable exigirá la materialización independiente de *n*, esto es, de un clasificador.

En lo que respecta a los adjetivos, y de nuevo siguiendo la lógica de la teoría de Baker (2003), asumiremos que dichas categorías se caracterizan de forma negativa, esto es, por no tener ni sujetos ni criterio de identidad. Ello implicará pues que la categoría funcional *A* categoriza conceptos por defecto, esto es, crea categorías léxicas que no pueden tener un sujeto y que no pueden tener criterio de identidad²⁰.

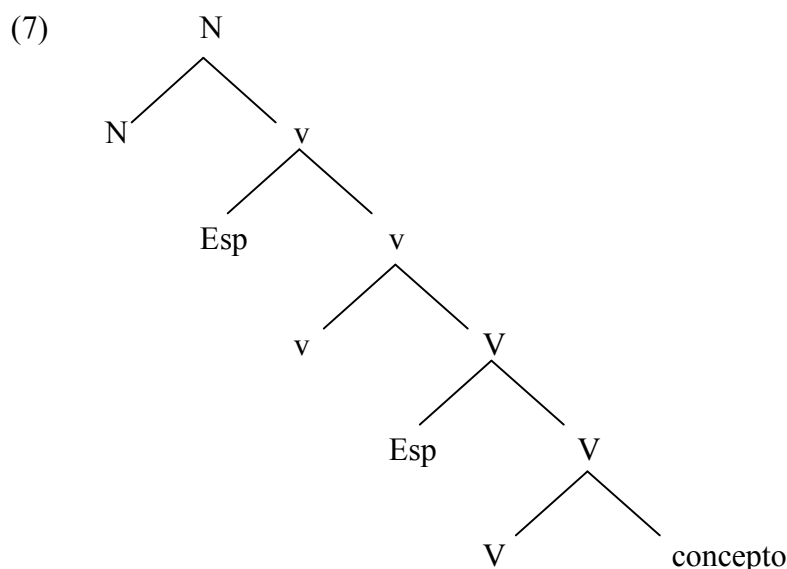
5. La derivación como (re)categorización

Se decía más arriba que el presente modelo, aunque no lexicista, implica una concepción paradigmática de la morfología, y esto es así tanto en lo que respecta a la morfología flexiva como en lo que respecta a la derivativa o léxica. Ello implica entonces que analizamos los afijos derivativos como núcleos funcionales

¹⁹ Siguiendo a Borer (2005) interpretamos la coerción como el resultado de un desajuste entre el resultado de la derivación sintáctica y el conocimiento del mundo. *Mucho gato* es una derivación perfectamente legítima, aunque extraña semánticamente por nuestro contacto con gatos como entidades definidas y contables.

²⁰ Baker (2003 cap. 4) muestra que la distribución y propiedades sintácticas de los adjetivos se siguen negativamente de esa caracterización, por lo que no es necesario atribuir a dicha categoría rasgos positivos de ningún tipo.

categorizadores (o recategorizadores, según los casos), esto es, como versiones más específicas (más complejas en sus rasgos constitutivos) de las categorías básicas postuladas hasta el momento (V , v , N , n , A). Así, la estructura que proporcionaría interpretación a la palabra fonológica *destrucción* sería la de (7), que consiste en el ensamble de la derivación de (3) con el núcleo N , en lugar de con T como en (4):

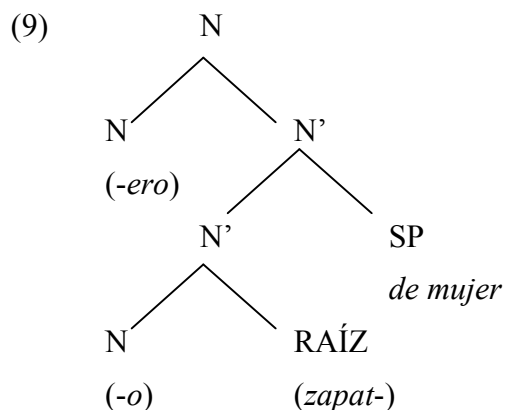


La representación de (7) pretende mostrar que *destrucción*, tal y como se usa en *La destrucción de Aníbal de Roma* no es, como se seguiría de una teoría lexicista, un nombre formado sobre un verbo, con la subsecuente necesidad de postular un complejo sistema de reglas de ajuste morfológico y un no menos complejo sistema de inserción léxica que explique además la relación temática entre el nombre derverbal *destrucción* y sus posibles argumentos (*Aníbal* y *Roma*). El uso eventivo de *destrucción* implica que el concepto se ensambla con V , lo que crea un evento sobre un tema (*Roma*), que luego se ensambla con v , lo que crea una realización por parte de Aníbal de dicho evento, que luego se categoriza como un nombre con criterio de identidad, número singular y género femenino. Y eso es exactamente lo que representa (7). Sabemos que en español deben alcanzarse N o T para que la derivación tenga representación fonológica y por ello sólo cuando se obtiene el núcleo complejo $N/v/V/concepto$ la derivación se vincula a la forma fonológica *destrucción*. Al margen ahora de muchos detalles relevantes para la derivación concreta de la oración (como por ejemplo el sistema de asignación de caso preposicional a los argumentos implicados) que omitimos, lo que la representación quiere poner de manifiesto es que en realidad el significado de *destrucción* (en esa oración) no se obtiene proyectando la entrada léxica de dicho nombre, ni se obtiene de la entrada léxica del verbo *destruir*, sino que se obtiene de la computación de un

concepto sin propiedades gramaticales por medio de las operaciones básicas de la sintaxis y sus categorías funcionales. Es imposible en un trabajo de esta dimensión hacer una revisión detallada de los diversos fenómenos lingüísticos que han motivado la hipótesis lexicista y que en buena medida siguen siendo obstáculos a las teorías opuestas. Como una muestra nos centraremos especialmente en algunas objeciones que se han formulado a modelos que postulan la formación de palabras en la sintaxis (como la MD), con el objetivo de mostrar que la variante radicalmente antilexicista aquí esbozada puede resolverlas de manera natural conservando la hipótesis nula de que únicamente hay una sintaxis. Así, Ackema y Neeleman (2007: 332 y ss) argumentan que si la sintaxis léxica y la sintaxis frasal fueran la misma, entonces sería esperable que un nombre que se incorpore a un afijo superior pudiera dejar tras de sí (*stranding*) sus complementos o modificadores. En efecto, esto es frecuentemente imposible. Consideremos el ejemplo de (8):

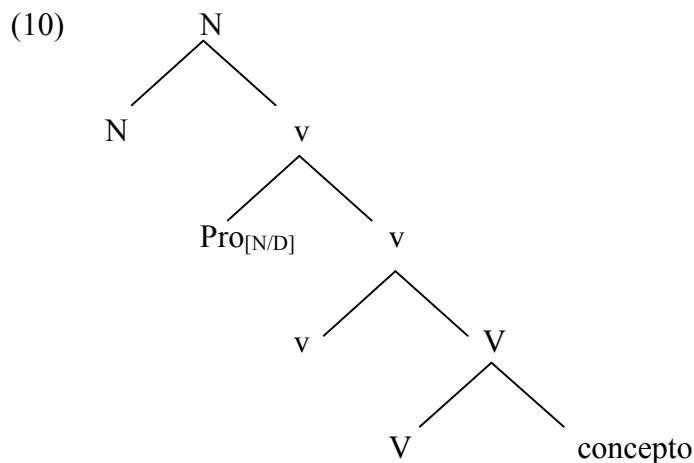
- (8) a. *_-ero de zapato de mujer*
 b. **Zapatero t de mujer*

Objetan Ackema y Neeleman que si la estructura interna del derivado se hiciera en la sintaxis, entonces no habría manera de explicar que el ejemplo de (8b) fuera agramatical (y lo es si pretende representar el sentido de ‘zapatero que repara zapatos de mujer’). La objeción es relevante, pero únicamente afectaría a las teorías “morfemáticas” que postulan que la formación morfológica de las palabras se realiza en la sintaxis, esto es, en nuestro ejemplo, que derivaran *zapatero* de *zapato* o de la raíz léxica de *zapato* (digamos, por caso, *zapat-*). Pero no es el caso del modelo que hemos propuesto. En efecto, una derivación como la siguiente, que subyacería a la frase de (8) sería algo así:



En efecto, de ser (9) un objeto sintáctico lícito, nada debería impedir la incorporación de *N* (*zapato*, resultante a su vez de la incorporación de la raíz *zapat-* al *N* *-o*) al *N* superior *-ero*, dando (8b). Toda estipulación para impedir ese proceso añadiría complejidad al sistema, eliminando la ventaja sobre la interpretación lexicista o haciéndola indistinguible de la misma. Sin embargo, el sistema diseñado en esta aportación, basado en la hipótesis de que la formación de palabras, aunque se realiza en la sintaxis, no opera con palabras ni con raíces o morfemas, puede salvar la objeción manteniendo la hipótesis nula de que únicamente hay un componente sintáctico en el lenguaje humano.

Una posibilidad, drásticamente simplificada, podría ser la siguiente:



El concepto seleccionado (el mismo concepto asociado a *zapato*) se incorpora a *V* formando un verbo (lo que daría cuenta de que el significado final de *zapatero* ‘persona que repara zapatos’ implica la acción de reparar o remendar zapatos). Asumimos (en este caso siguiendo a Baker 2003) que un verbo inergativo toma un *V* atemático y que éste, a su vez, es seleccionado por el *v* que introduce un iniciador del evento (representado por un pronombre vacío *pro* en el esquema). Siguiendo en líneas generales la argumentación de Fábregas (2009) en relación con los derivados agentivos en *-dor*, podríamos estipular que el afijo *-ero* es la realización morfológica de un conjunto de rasgos que incluye un rasgo D (que lo capacita para saturar una posición argumental, en este caso del iniciador del evento) y un rasgo *N*, que lo convierte en un nominalizador (esto es, esencialmente una marca de singular masculino). Siguiendo el modelo propuesto por Fábregas, *N* se reensambla a *v* tomándolo como complemento y nominalizándolo. La intención del análisis de Fábregas es dar cuenta del doble papel que parece jugar *-dor*, en el sentido de que sirve tanto como saturador del argumento

externo del verbo al que nominaliza como de afijo nominalizador. En este caso el papel de *-ero* es el mismo, con la diferencia de que el verbo abstracto implicado en la derivación es intransitivo.

Lo relevante es que una estructura como la de (9) se asociaría en la memoria a la forma fonológica *zapatero*, lo que nos permite decir que la sintaxis es un sistema de cómputo que permite ‘calcular’ el significado de la forma aprendida combinando categorías funcionales y conceptos sin necesidad de postular una entrada léxica *ad hoc*. En este caso el único elemento argumental es el que aparece ligado por el afijo, mientras que no hay lugar en la derivación para un posible complemento preposicional de *zapato*, precisamente porque *zapato* no aparece como un nombre en la derivación. Ello explica adecuadamente la imposibilidad del ejemplo de (8b). La implicación más relevante es que se plantea que *zapatero* no deriva de *zapato*, sino que ambos comparten el mismo concepto de base y también parte de su forma fonológica (esto es, forman parte de un paradigma) y difieren en las categorías funcionales implicadas en su estructura interna.

Se puede objetar que esta solución únicamente sirve para derivados composicionales y en general para los productivos, lo que no evita que tengamos que postular una entrada léxica cuando el significado de un derivado no corresponde a ninguna estructura sintáctica plausible²¹. De hecho, esto último es muy frecuente. Palabras como *ordenador*, *mechero* o *cerrojo* parecen relacionarse con *ordenar*, *mecha* o *cerrar*, pero en realidad no se puede decir que tengan un análisis composicional. Nótese que el mismo problema se le impone a una teoría lexicista que cuente con reglas de formación de palabras. En tales casos lo que cabe decir en realidad es lo mismo que diría el partidario de las reglas de formación de palabras: que los conceptos correspondientes a los derivados son *demasiado distintos* a los conceptos correspondientes de sus (supuestas) bases. Ello simplemente implicaría que a palabras como *ordenador*, *mechero* o *cerrojo* subyacen estructuras sintácticas más sencillas (quizá únicamente concepto más categorizador), exactamente igual que en las palabras no derivadas. De este modo, si la sintaxis puede generar *perro* añadiendo

²¹ O para este mismo caso, en el que no aparece representado en ningún lugar de la derivación que *zapatero* se refiere al que repara zapatos y no, por ejemplo, al que los limpia (o en otra interpretación, al mueble que los guarda). Nuestra interpretación es que esa información es enciclopédica y tiene que ver con las relaciones entre conceptos y no con la estructura sintáctica. Eso significa que *zapatero* implica el concepto de zapato y, a través de éste y la estructura, el concepto de ‘reparador de zapatos’, etc.

género/número singular (-o) a un concepto de cierto animal, del mismo modo puede generar *mechero* añadiendo género/número singular (-o) a un concepto de cierto artilugio que, quizá vagamente, el hablante pueda relacionar con *mecha* o no²², algo que en cualquier caso queda reflejado en el modelo por la proximidad paradigmática de las palabras fonológicas *mecha* y *mechero*²³.

Baker (2003) observa que la complejidad morfológica a veces no se corresponde con complejidad sintáctica y viceversa, algo que menciona para justificar no eliminar la diferencia entre sintaxis y morfología²⁴. El presente modelo precisamente no niega que sintaxis y morfología sean independientes. Al contrario, lo que afirma es que lo son. La morfología en esta aproximación es puramente realizativa: por así decirlo, la estructura morfológica de una palabra “cuenta una historia” acerca de la estructura sintáctica interna de esa palabra, pero no determina dicha estructura ni siquiera la refleja directamente en muchas ocasiones. La predicción general, nada novedosa, es que a mayor estructura morfológica, mayor profundidad estructural en la sintaxis interna de la palabra, pero nada más. Esto, en cierto modo, abre la puerta de nuevo a la concepción esencialmente analógica de la formación de palabras.

Es más, el modelo que niega la entrada léxica de las palabras predice adecuadamente que diferentes hablantes pueden analizar sintácticamente de manera distinta una misma forma. De hecho, es evidente que durante nuestra vida cambiamos el análisis de las formas que aprendemos. Si alguien recién llegado a Aragón aprende la palabra *laminero* ‘goloso’ puede analizarla como un concepto (que puede ser nuevo) más un afijo de número/género (-o/a), pero si después descubre la palabra *lamin* ‘dulce’, quizá introduzca más complejidad estructural (quizá un análisis en el que -ero/a está implicado). Es muy plausible que el proceso de adquisición del léxico siga de hecho esa pauta, procediendo en la medida de lo posible a representar estructuralmente las palabras morfológicamente complejas, liberando memoria y reordenando y ampliando el sistema conceptual. Cuando una derivación, como por ejemplo la de (10) se asocia

²² En el caso de que se establezca la relación quizá el hablante analiza *N* como -ero y no como -o.

²³ En todo este trabajo se emplea la expresión *paradigmático* en un sentido saussureano, esto es, asociativo, incluyendo no sólo la morfología flexiva, sino también la derivativa y todo tipo de semejanzas fonéticas como la rima, etc. (Véase el esquema en Saussure 1916/1983: 200, en el que se vincula *enseñanza* con *enseña*, *enseñemos*, pero también con *aprendizaje*, *educación*, con *templanza*, *esperanza* y con *lanza*, *balanza*).

²⁴ “I conclude that there is not always a simple relationship between the size of a morphological unit and the complexity of the syntactic node it corresponds to” (2003: 277).

memorísticamente, establemente, a una forma fonológica (por ejemplo *zapatero*), automáticamente modifica el concepto implicado, añadiéndolo al sistema conceptual. Por ello es posible obtener conceptos nuevos a partir de palabras nuevas y conceptos viejos.

6. Estructura sintáctica y morfología no distribuida

Las estructuras que hemos estado considerando hasta el momento son estructuras sintácticas ordinarias, al margen de la profusión de procesos de incorporación (movimiento de núcleo a núcleo) postulados. Hemos sugerido además que la estructura morfológica no es sintáctica (esto es, jerárquica y configuracional), sino lineal y que el modelo morfológico adecuado en dicha concepción es el de *palabra y paradigma*, esto es, una morfología no distribuida.

Si retomamos el ejemplo de (9) en el apartado anterior, en el que hemos asumido que se implica el mismo concepto de base que estaría implicado en la palabra *zapato*, aún cabría preguntarse por qué razón no se materializa simplemente con la propia palabra *zapato*. Aquí es donde se puede apreciar el carácter paradigmático de la teoría morfológica implicada. La estructura de (9) no es un sistema de formación de palabras, sino que es una construcción sintáctica que, por así decirlo, el hablante aporta para interpretar el significado de la palabra *zapatero* en un contexto dado. En el modelo que hemos propuesto, como en otros similares, la materialización de los nudos terminales implica una competencia entre formas relacionadas con un concepto dado. Así, *zapato*, *zapatería*, *zapatero*, *zapatilla*, etc. son todas formas fonológicas memorizadas que forman parte de un paradigma asociado, a través de la sintaxis, a una área conceptual determinada. La forma *zapatero* sería entonces la más compatible con dicha estructura de entre las que integran el paradigma, exactamente igual que sucede en las teorías realizacionales de la morfología flexiva (p.e. Stump 2001, Stewart y Stump 2007).

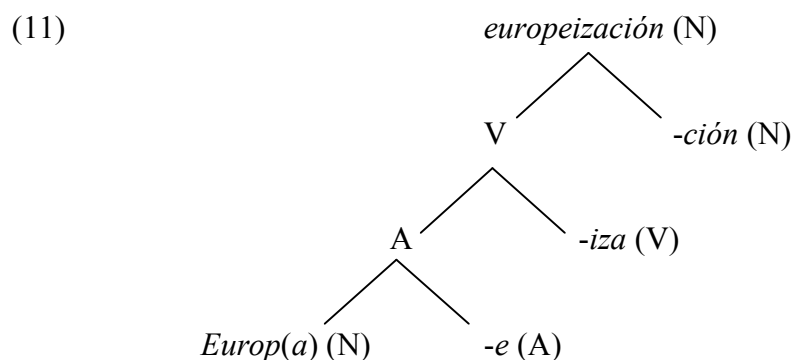
Anderson (1992: 186) plantea que las reglas derivativas de formación de palabras fundamentalmente sirven para establecer las relaciones entre palabras del lexicon que forman parte del conocimiento lingüístico del hablante, y no tanto para crear o generar esas palabras. Esta visión, aunque lexicista, es compatible con el modelo que estamos desarrollando, en la medida en que se puede decir que las familias derivativas (*zapato*,

zapatero, zapatear, zapatilla, zapateado, etc.) forman paradigmas complejos con estructura puramente morfológica y fonológica que se interpretan a la luz de la estructura sintáctica con la que se relacionan. En nuestro modelo el papel de las reglas de formación de palabras lo desempeña la propia sintaxis. El grado de transparencia y composicionalidad de los derivados dependerá por tanto de la “cantidad” de estructura con la que se interpreten. Parece razonable asumir cierta tendencia a que se establezca una correlación general entre la complejidad morfológica y la complejidad sintáctica de una palabra. Lo relevante es que esta correlación no es determinista, lo que es un problema común a las teorías basadas en las reglas de formación de palabras y a las teorías sintactistas morfemáticas, tales como la MD. La estructura morfológica de una palabra derivada no permite normalmente calcular su significado, lo que indica que un tratamiento en términos de *procesos de formación de palabras* (sean en la sintaxis o en el léxico) son inadecuados en la mayoría de los casos. Situar las reglas en un lado u otro no mejora por sí mismo las cosas. La hipótesis que aventuramos es que la sintaxis proporciona la estructura necesaria para interpretar las palabras complejas y, lo que es lo mismo, que es el tipo de conocimiento que se emplea para usarlas adecuadamente.

La intuición relevante es que la estructura morfológica de las palabras fonológicas sirve como un registro o un indicio de la complejidad sintáctica derivacional subyacente, como si tuviera un valor mnemotécnico.

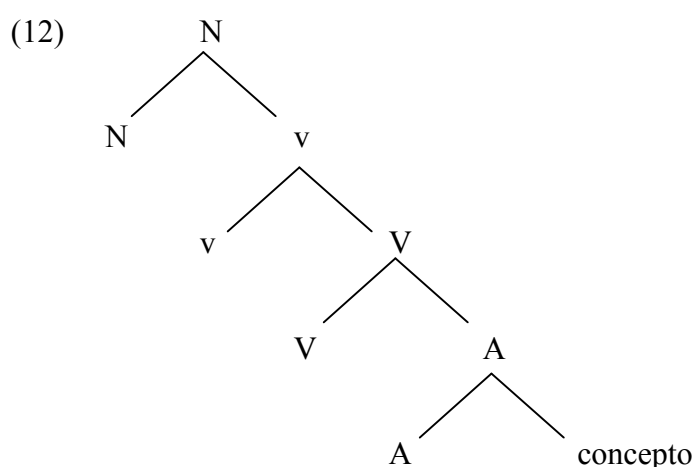
Esta visión paradigmática de la morfología derivativa ofrece también un lugar natural para una concepción, popular en el pasado pero hoy casi olvidada, en la que los procesos analógicos son la base de la llamada *formación de palabras*. Anderson (1992: 189 y ss.) plantea que las reglas de formación de palabras tienen una misión doble: formar nuevas palabras y servir de modelo para analizar otras no derivadas. Pues bien, esa duplicidad sospechosa se puede resolver asumiendo que el proceso básico de formación de palabras es la analogía, en el sentido de que la estructura sintáctica subyacente a una palabra se puede emplear para formar otra sin necesidad de postular procesos específicos de formación de palabras, típicamente sobregeneradores. Por supuesto que un proceso analógico necesita un inicio generativo que después pueda servir de modelo a otros ítems creados por analogía. La sintaxis proporciona ese modelo y explica al carácter altamente composicional de términos no derivados sincrónicamente, tales como *irascible, viable* o *impecable*. El modelo sintáctico presentado emplea profusamente la derivación abstracta (no materializada) de palabras

posibles, frecuentemente necesitadas en los modelos basados en reglas de formación de palabras. Esto es una virtud en tanto en cuanto dichas “palabras” forman parte central de los procesos analógicos. Es frecuente que en los grupos de derivados haya algunos ítems plenamente regulares (que son los que suelen servir de modelo para establecer la regla) y otros solo parcialmente regulares, puesto que violan algún aspecto semántico o formal de la regla. Estos segundos son los candidatos ideales para ser analizados como *términos* de la analogía, mientras que los primeros son los *modelos* del proceso analógico. Pues bien, el modelo presentado permite capturar este hecho sin necesidad de un léxico pesado, ya que en lugar de reglas o procedimientos *ad hoc* de formación de palabras establece que ciertos fragmentos de derivación sintáctica, en la medida en que cumplan la condición suficiente de la categorización (o recategorización), se materializan fonológicamente. Estas formas fonológicas, las palabras en sentido estricto en nuestra teoría, guardan, por así decirlo, una “memoria morfológica” de la estructura que las ha generado, que es la que se puede emplear para el establecimiento de relaciones paradigmáticas con otras formas y sus respectivas estructuras. En este sentido, la estructura morfológica de una palabra española como *europaización* representa una relación sistemática con la derivación que subyace a palabras como *Europa*, *uropeo,-a* y *uropeizar*, pero no necesariamente con las propias palabras. En un contexto así es suficiente el supuesto de que la estructura morfológica es estrictamente lineal y, por así decirlo, diacrítica o mnemotécnica, y en ese sentido no compartimos la visión de muchos modelos morfológicos actuales que postulan una estructura bidimensional (jerárquica y lineal) de los morfemas integrantes. Una estructura léxica o subléxica como la de (11) resulta poco ilustrativa con respecto a las propiedades sintácticas y semánticas de esa forma (*europaización*) y las construcciones en las que se inserta (por ejemplo, *La europaización de La Argentina sucedió hace decenios*), a no ser que añadamos un conjunto de reglas específicas para cada paso, indicando los procesos de selección de la base, la forma de herencia argumental, etc.:



Así, por ejemplo si *Europa* es el *N* inferior, tenemos que asumir que el adjetivo que lo selecciona o bien es su modificador (como en *Europa moderna*) o bien es predicativo y le asigna un papel temático, lo que no parece justificable. Pero si esa estructura es realmente sintáctica, un SN definido (*Europa*) debe llevar un papel temático y un caso. Una estructura así también viola la selección paramétrica de orden básico de palabras en español, que parece indicar que los núcleos preceden a sus complementos²⁵.

La alternativa sugerida, aparentemente similar, es la siguiente:

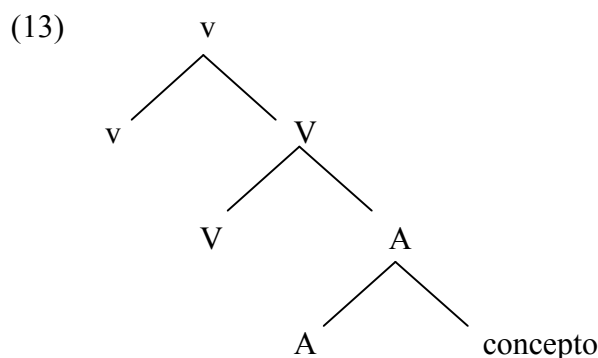


Nótese que la estructura de (12) sí es puramente sintáctica. Si la derivación se materializa en el primer ensamble obtenemos la forma adjetival *europe-* (inaceptable por faltar la expresión de género en la medida en que éste se determina flexivamente por concordancia, una vez que el adjetivo está ligado a un nombre en la derivación, cosa que no sucede). Si la derivación continúa y se materializa en *v* (asumiendo que *-iz-* materializa a una versión de *v*, lo que ahora es tangencial) entonces obtendríamos la forma *europeiz* (inaceptable por falta de los rasgos de tiempo y concordancia requeridos en nuestra lengua). Únicamente cuando se obtiene el núcleo complejo *N/v/V/A/concepto* se puede materializar la forma *europeización*. En cierto sentido se representa aquí que *europeización* es un nombre que se relaciona sistemáticamente con (aunque no se deriva

²⁵ Baker, uno de los principales instigadores de la sintaxis como explicación de la morfología se ha manifestado al respecto con ejemplar templanza: “I have no reason to be dogmatic in this point; if good reasons came to light for saying that the adjective *foggy* is formed in the syntax, so much the better. For the time being, however, complicating the syntax with derivations of this kind seems likely to do more harm than good” (Baker 2003: 280).

de) las palabras españolas *Europa*, *europeo*, *-a* y *europeizar*, puesto que parte esencial de la estructura interna de éstas está incrustada en la derivación de (12).

La tesis de que las palabras no se forman a partir de otras palabras que estamos defendiendo encuentra problemas cuando la derivación de una palabra compleja parece incluir formas completas de otras palabras, como se puede alegar en *centralizar*, claramente formada a partir de *central* y no de *centro* ni de *céntrico*. En efecto, la representación sintáctica de esa palabra tiene que incluir de alguna manera el adjetivo *central*. Así, por ejemplo, la siguiente:



Asumimos aquí que el concepto ensamblado es el mismo que emplearíamos, con un *N* (número singular/género), para derivar *centro*. Puesto que el adjetivo *central* no tiene marca de género de concordancia, no hay razón por la que no podría materializarse la derivación cuando el concepto se incorpora a *A*. Y en efecto, así podría ser. Pensemos en la oración *El gobierno hizo centrales los servicios sociales*. Dicha oración correspondería a la materialización en (13) de *A/concepto* como *central* y a la materialización de *v/V* con un verbo causativo del tipo de *hacer* (asumiendo que además habría *T* por encima del esquema de (13), así como especificadores incluyendo los argumentos). Adicionalmente, se habría de producir la concordancia de número entre el adjetivo resultativo y el argumento interno del verbo (introducido en el especificador de *V*). La derivación correspondiente a *centralizar* (en, por ejemplo, *El gobierno centralizó los servicios sociales*) implica pues la incorporación del adjetivo a *V/v*, algo coherente con su significado. Lo relevante ahora, y potencialmente nocivo para nuestra teoría, es que esa incorporación parece acarrear también la materialización de *A* (esto es, el sufijo *-al*), del mismo modo que en el ejemplo anterior se implicaba que en *europeización* también se incorpora la materialización de *v/V* (*-iz-*), haciendo casi inevitable inferir que *centralizar* se deriva de *central* y que *europeización* se deriva de *europeiza(r)*.

Es en este punto en el que tiene sentido la propuesta de que la morfología derivativa es paradigmática. Algunos modelos basados en reglas de formación de palabras consideran éstas como reglas de redundancia (Jackendoff 1975). Si en la derivación de (13) el nudo que selecciona a *A* es *V*, o bien *A* se materializa y *V* también debe hacerlo, o bien *A* se incorpora a *V* (y se materializan posteriormente). En este caso debemos postular que la derivación “guarda la memoria” de que *A* tenía realización posible (*central*) y conserva esa información hasta que se produce la materialización en un núcleo superior (*T*, en cuyo caso tendremos alguna forma del paradigma de *centralizar*, o, eventualmente, *N*, en cuyo caso tendremos *centralización*). Este proceso, aunque estipulativo, tiene la ventaja de que de alguna manera recoge la intuición clara de que *centralizar* contiene la palabra *central* pero sin invocar directamente a la propia palabra *central*.²⁶

El presente modelo no pretende eliminar totalmente la necesidad de postular la existencia de ciertas reglas morfológicas de formación de palabras, que en cualquier caso parecen necesarias para explicar la determinación final de las palabras fonológicas que materializan los nudos terminales de la derivación. Quiere esto decir que este modelo sintactista no implica que no exista un nivel de representación morfológica en el que se determina la estructura morfológica y fonológica de las palabras. Lo que se pretende eliminar del modelo de la Facultad del Lenguaje es un módulo léxico de formación de palabras y la existencia de procesos sintácticos específicos para la construcción de palabras. Si asumimos que la sintaxis de (13) proporciona a la morfología la secuencia *T/v/V/A/concepto*, siendo el concepto ‘centro’ (lo que automáticamente selecciona el paradigma formado por *centro*, *centrar*, *central*, *centralizar*, *centralización*, *centrado*, *céntrico*, etc.), es razonable asumir que en la construcción morfológica de la palabra que va a materializar ese nudo complejo se tenga en cuenta la palabra *central*, que materializa una parte de la secuencia (*A/concepto*), de la misma manera que si tenemos la secuencia *N/v/V/A/concepto* se incorporarán a la forma morfológica final tanto *central* como *centraliza* (el tema verbal de *centralizar*), puesto que materializan ya parte de la estructura.

²⁶ De hecho, de entre los sentidos que se pueden asociar a *central*, el único que aparece en *centralizar* es el representado en (12), esto es, un adjetivo derivado del concepto común a *centro*, *central*, *centralidad*, etc., y no otros propios de la palabra *central* (por ejemplo, un cierto tipo de jugador de fútbol). Nótese además que no se puede obtener una forma con el adjetivo en plural.

La conclusión esencial es pues que la morfología no está distribuida, sino que es la sintaxis la que proporciona representaciones formales para la determinación de la forma fonológica (y morfológica) que materializa ese fragmento de derivación. La hipótesis del “silencio subléxico” permite pues una vuelta a la concepción de la morfología originaria: el ámbito de la determinación de la forma fonológica de las palabras.

7. Conceptos, raíces y palabras

Todos tenemos la intuición de que hay una conexión estable entre, de una parte, conceptos y, de otra, raíces léxicas o temas: si oímos *destruí* y *destrucción* parece que ciertos fragmentos más o menos coincidentes de las dos palabras se relacionan con el mismo concepto. Toda la morfología, tradicional y moderna, se basa en eso. Es un hecho evidente y un modelo teórico debe captarlo de alguna manera. Pero, obviamente, debemos captar las intuiciones de los hablantes, no las de los lingüistas. La propuesta formulada implica que en realidad no hay una conexión directa sonido/sentido que explique dicha intuición. Pese a la apariencia inicial, creo que eso es una virtud más que un problema. Nótese que cualquiera que sea el concepto común subyacente a *destruí*, *destruido* y *destrucción* es borroso y relativamente inaccesible al hablante, cuando no inservible²⁷. Es un hecho que para un hablante del español la secuencia *cas-*, por ejemplo, es irrelevante. ¿Qué significa? Nada. La explicación más natural para ello es simplemente que la raíz *cas-* no es una palabra y, por tanto, no está conectada a ningún sistema conceptual y, por tanto, no puede significar nada. Claro que tras una reflexión podemos decir que *cas-* es la raíz de muchas palabras (*casa*, *caserío*, *casita*, *casona*, o bien *casarse*, *casar*, *casación*, *casamiento*, *casada*, etc.). Una teoría morfemática diría que en realidad el hablante tiene demasiadas opciones, mientras que la propuesta desarrollada aquí dice que tiene demasiado pocas, o mejor, ninguna. Esto es así porque no hay emparejamiento sonido/sentido en el nivel morfemático y las raíces aisladas no se pueden entonces asociar a ninguna estructura interpretable ni, en consecuencia, conectar a ningún concepto²⁸.

²⁷ Más claramente se observa esto si incluimos también en la reflexión palabras como *construí* y *construcción*, *instruí* e *instrucción*.

²⁸ Quizá por ello se dice que los niños dicen sus primeras palabras, y no sus primeros morfemas.

Pero la prueba más directa de que en realidad sólo las palabras tienen representación fonológica radica en que en la inmensa mayoría de lenguas del mundo (con el inglés como una de las notorias excepciones) la mayor parte de las raíces léxicas y los afijos son simplemente impronunciables y, cuando son pronunciables, normalmente es porque coinciden con palabras.

No deja de ser cierto que la semejanza fonética entre las raíces (por ejemplo las de la familia *casa*, *caserío*, *casita*, *casona*) parece remitir a la misma zona del sistema conceptual. Si, como he postulado, no hay conexión directa entre raíces o morfemas y conceptos, ¿cómo sabe el hablante que se trata más o menos del mismo concepto? O en términos todavía más simples: ¿cómo sabe que su interlocutor se refiere al concepto de *casa* cuando dice la palabra *casa*, o cómo sabe el hablante qué palabra pronunciar cuando quiere hablar del concepto de *casa*? La única respuesta coherente con el modelo propuesto es que existe una capacidad de memorizar derivaciones básicas, en el sentido de que las derivaciones se siguen produciendo (no interpretamos *destrucción* o *casa* como un bloque), pero, por así decirlo, en forma de rutinas. La llamada adquisición del léxico consistiría precisamente en que ciertas derivaciones se asocian memorísticamente a representaciones fonológicas estables y otras no.

La hipótesis que planteamos es que las derivaciones mínimas (esto es, que tienen asociada muy pronto una forma fonológica, típicamente las categorizaciones) tienden a memorizarse, pero no como ítems léxicos, sino como derivaciones que se asocian a representaciones fonológicas determinadas. Nótese que la propia derivación no se memoriza; lo que se memoriza es la vinculación a una forma fonológica.

Es obvio que una lengua puramente mental, esto es, una lengua que sólo se usara para el pensamiento, no tendría conexión con el sistema S-M, sería una lengua sin fonología. Según este modelo, en dicha lengua tampoco existirían palabras (ni, por supuesto, morfología), sino que bastaría con los conceptos y las categorías funcionales para computar con ellas derivaciones más complejas (“palabras sintácticas” incluidas, claro está). Lo que he denominado la fase de categorización estaría presente, pero no tendría el estatus privilegiado de ser la primera fase de materialización. Cuando el lenguaje se comienza a emplear para la interacción debe conectarse a los sistemas S-M y entonces es necesario que una determinada computación se asocie a representaciones fonológicas estables. Mi hipótesis es que el mínimo imprescindible para ello es la categorización, porque sin ella la computación de los conceptos sería imposible o muy

limitada. Un concepto aislado no sirve de gran cosa, ni para el pensamiento ni para la comunicación, aunque por supuesto puede ser muy útil para que un organismo disponga de sistemas de conocimiento y de representación.

La idea básica es que la categorización (la lexicalización), que es la primera operación sintáctica, tiene como efecto hacer homogéneos formalmente conceptos que en su propia naturaleza pueden ser heterogéneos e incompatibles. Como ha sugerido Boeckx (2008), siguiendo en ello a Pietroski, la lexicalización, al imponer un formato único a todos los conceptos, permitiría a los ítems léxicos combinarse en virtud de su nuevo formato compartido, en lugar de estar limitados a su afinidad más natural (esto es, puramente semántica o conceptual). Ello permitiría que conceptos que originalmente residen en distintos módulos mentales y que posiblemente serían opacos entre sí, se puedan combinar para dar lugar a nuevos conceptos: “It is quite possible that what is at first a formal restriction on lexical items is the source of a cross-modular syntax of thought -giving rise to a full-blown language of thought, arguably the source of our Great (mental) Leap Forward at the evolutionary scale” (Boeckx 2008: 78).

En otras palabras, añade Boeckx, al poder hacer uso de un formato léxico común, el pensamiento post-léxico es más variado y más poderoso e irrestricto que el pensamiento pre-léxico, en el que los conceptos estarían, por así decirlo, atrapados dentro de sus módulos, tal y como sucedería en nuestros ancestros evolutivos y como parece que sucede en otros seres vivos.

De hecho, siguiendo la misma línea de pensamiento, Ott (2009) da cuenta de un cierto consenso que se está generalizando en el ámbito de la psicología comparada en el sentido de que es muy probable que los seres humanos y otras especies compartan buena parte de sus sistemas conceptuales²⁹. Como ha puesto de manifiesto Hurford (2007: 87, citado en Ott), “some (not all) of a human system of common-sense understanding precedes a system of language, both ontogenetically and phylogenetically”, lo que implicaría que dichos sistemas no son parte de la evolución del lenguaje humano, sino que anteceden a esta facultad (entendida como FLE). Parece, pues, que tanto otros animales como los propios bebés humanos tienen considerables capacidades conceptuales, pero a diferencia de lo que sucede con los adultos humanos,

²⁹ “this comparative approach has led to the emergence of a novel picture of the evolutionary origins of human cognitive function, according to which many of the building blocks of the human mind are in fact shared with other species, but tied up in a way that yields a cognitive quantum leap” (Ott 2009: 258)

son incapaces de integrar esas diversas ‘lenguas mentales’ de la manera en que nosotros lo hacemos. Esta es la que Ott (2009) denomina la paradoja de Hauser³⁰. Siguiendo ideas de Boeckx y otros autores, Ott sugiere que la capacidad de asociar conceptos con palabras (la lexicalización) sería la clave para explicar esa paradoja, en el sentido de que los conceptos se harían combinables más allá de sus limitaciones modulares, dando lugar a un sistema recursivo que trascendería los límites de los dominios de los sistemas de conocimiento básico (*core-knowledge domains*), tales como las relaciones sociales o el razonamiento espacial:

“This suggests that the crucial evolutionary novelty was in fact the mechanism of lexicalization, leading to an increase in both computational and conceptual capacities. If these speculations are on the right track, the significant cognitive gap between humans and non-linguistic animals is not the result of a profound remodeling of the pre-linguistic mind. Rather, the sudden addition of recursive syntax, paired with a *capacity for lexicalization*, plausibly led to the explosive emergence of symbolic thought that paved the way for modern human behavior” (Ott 2009: 267, cursivas añadidas)³¹.

Esa capacidad para lexicalizar, que es precisamente la que en el presente trabajo hemos identificado con la categorización y con la *edge-feature* de Chomsky, es pues una operación sintáctica sobre los conceptos, por lo que las supuestas dos novedades en la emergencia del lenguaje humano se reducirían a una: las categorías funcionales básicas que asocian los conceptos al sistema computacional³².

Resulta pues lógico que sea la primera fase de computación (la categorización) la que se asocie al componente fonológico, y es por tanto esperable que sea esa primera fase la que se memorice a efectos de interacción con otros hablantes, pero lo que se

³⁰ “[A]nimals share many of the building blocks that comprise human thought, but paradoxically, there is a great cognitive gap between humans and animals” (Hauser 2008, citado en Ott 2009).

³¹ “When lexicalized, human concepts can freely and systematically compose, *regardless of the conceptual subsystem from which they are drawn*. [...] I-language expressions can combine concepts of color, sound, space, time, self, other things, action, habitation, number, etc. as well as theoretical and fictitious concepts. [...] This is because from the point of view of the grammatical system, radically different types of concepts are ‘just words’, once lexicalized. Put in a different way, I-languages allow the generation of domain-general thoughts by extracting concepts from their modular bounds, by means of lexicalization. All comparative research suggests that animals and pre-linguistic infants are incapable of representing such multimodal thoughts. [...] The proposal, then, is that *the lexicalization of a concept effectively demodularizes it*.” (Ott 2009: 264-266, cursivas añadidas)

³² En una metáfora afortunada Boeckx (2010) ha relacionado la lexicalización como el análogo mental de una moneda universal que permitiera transacciones entre sistemas antes impenetrables.

empareja no es un sentido y un sonido, sino una estructura morfo-fonológica y una estructura sintáctica³³.

En la medida en que esa estructura queda asociada a una representación fonológica almacenada, es esperable que dicha forma fonológica vaya asociándose a su vez a nuevos conceptos o incluso dé lugar a la creación de nuevos conceptos, antes inaccesibles. El léxico así entendido no es pues el aducto del proceso de derivación sintáctica, sino el educto. En cierto sentido podría decirse que la sintaxis describe una especie de bucle, ya que produce derivaciones a partir de conceptos y las “devuelve” al sistema C-I creando nuevos conceptos.

Estas ideas parecen nuevas, pero sólo lo son en un sentido relativo. La enseñanza fundamental de Saussure (1916) fue precisamente que las lenguas no son substancia, sino forma. Las lenguas, como sistemas puramente formales, segmentarían la realidad extralingüística, haciéndola discreta. Para Saussure una lengua era esencialmente un sistema de signos, pero muy especiales. Una lengua era un conjunto de significantes, arbitrariamente delimitados entre sí, que se unían arbitrariamente a un conjunto de significados, también arbitrariamente delimitados entre sí. Lo que un signo saussureano une, no es por tanto, un concepto y un sonido (que no tienen identidad lingüística de por sí), sino un fragmento de sonido arbitrariamente marcado como lingüístico con un fragmento de sentido también arbitrariamente marcado como lingüístico. Su hipótesis esencial era entonces que esa vinculación entre los dos planos era la que, por así decirlo, “obraba el milagro” de convertir lo no lingüístico en lingüístico.

Por supuesto, la lingüística saussureana era una lingüística externista y una lingüística de signos. Por así decirlo, la vinculación entre sonido y sentido, formalmente mediada, era la que convertía fragmentos lingüísticamente amorfos de sentido en unidades lingüísticas utilizables. En otras palabras, la vinculación con el significante daba realidad lingüística al significado y viceversa. Podría decirse que en ese modelo los sonidos eran los que “rescataban” a los conceptos de su lugar propio en la mente

³³ Es en este sentido en el que la presente propuesta entronca en general en la llamada aproximación nanosintáctica: “The essential building block of nanosyntax is the simple observation that the terminal nodes of syntactic structures have become very small as syntactic trees grew, and at some point they crossed the line to become smaller than a morpheme -- terminals have become ‘submorphemic’. This simple fact, noted many times, leads to profound and wide-ranging consequences once it is taken seriously”. (<http://nanosyntax.auf.net/whatis.html>)

(esa ‘masa amorfa de sentido’) y los sacaban a la luz del lenguaje³⁴. El modelo presentado plantea el mismo asunto de una manera diferente. Es una concepción internista y no es una concepción basada en el signo, sino en la sintaxis, en la computación. En la propuesta que hemos desarrollado es la sintaxis la que, por así decirlo, rescata los conceptos de su lugar en la mente y en el cerebro y los hace computables. Más aún, podría decirse, como hemos visto que sugería Ott, que la sintaxis “obra el milagro” de desencapsular los sistemas conceptuales de diverso tipo y los pone al servicio de un único sistema computacional. En nuestra versión concreta, las categorías sintácticas “obran el milagro” de hacer coherentes, computables y relacionables a conceptos que por sí mismos pertenecen a sistemas cognitivos diferentes y no relacionados directamente. En otros términos, las palabras (entendiendo ahora como tales los conceptos categorizados) son las que “rescatan” de la oscuridad a los conceptos, multiplicando la potencia de cálculo de nuestra especie de manera insospechada en el ámbito natural.

8. Conclusiones: el léxico distribuido y la naturaleza de la palabra

La conclusión del apartado anterior no es la esperable de una aportación no lexicista. Las teorías antilexicistas suelen concluir que las palabras son epifenómenos. Así Julien (2007), por ejemplo, afirma que “the discussion of whether complex words are formed in the syntax or prior to syntax is futile, because words as such are not formed in the grammar at all. They are not grammatical entities” (Julien 2007: 210), por lo que concluye que “the concept of ‘word’ has no theoretical significance in the grammar at all” (2007: 212), algo que obviamente no compartimos. Parece razonable afirmar que no hay procedimientos de formación de palabras, pero ello no implica que las palabras no se creen. Las palabras se crean en la sintaxis cuando se categorizan los conceptos, y se crean en la morfología cuando las estructuras sintácticas se materializan. Los dos tipos de palabras no coinciden necesariamente, ya que el rango de coincidencia depende de la estructura morfológica de cada lengua.

En el modelo que hemos planteado, la sintaxis determina la estructura interna de las palabras, pero crucialmente no determina la realización de cada morfema individual,

³⁴ Y al contrario, los significados eran los que estructuraban a los significantes, extraídos de esa ‘masa amorfa de sonido’.

cosa que debe hacer la morfología. Los morfemas no tienen independencia fonológica ni sintáctica, puesto que las unidades fonológicas significativas mínimas no son los morfemas, sino las palabras³⁵.

La misma Julien (2007) señala que las palabras tienen apariencia de realidad psicológica en mayor medida que los morfemas, lo que resulta sorprendente si es cierto que el léxico y la sintaxis operan con morfemas y las palabras no existen. La explicación que ofrece Julien es que la causa de que las palabras sean más accesibles al hablante tienen que ver con sus propiedades distribucionales: “since words are the minimal morpheme strings that can be used as utterances and that may be permuted more or less freely, words are the minimal linguistic units that speakers can manipulate consciously” (2007: 234). Frente a ello, afirma, “word-internal morphemes, by contrast, cannot be consciously manipulated in the same way, and consequently, word internal morphemes are less salient than words in the awareness of speakers” (Julien 2007: 234). La explicación es ingeniosa, pero deja sin explicar por qué las palabras tienen ese privilegio distribucional del que los morfemas carecen. La explicación más directa es precisamente la que afirma que las palabras (los conceptos categorizados) adquieren la independiencia distribucional en virtud de ser las unidades mínimas de la sintaxis que se conectan con el componente S-M. Los morfemas son precisamente eso, puras formas que, con mayor o menor precisión, “recapitulan” la estructura interna de las palabras. Las reglas morfológicas de una lengua no determinan la estructura sintáctica interna de una palabra, sino que determinan su forma.

El modelo que hemos presentado es en realidad una variante de la MD, en la que se basa. La diferencia esencial tiene que ver con que la MD es en realidad un modelo morfemático, con la dificultad inherente a todos los modelos que mezclan entidades sintácticas y entidades morfológicas. En el modelo presentado la sintaxis no opera con morfemas, sino exclusivamente con categorías sintácticas, incorporando los conceptos a través del ensamble de categorización. No obstante, la teoría morfológica implicada en dicho modelo es realizacional, en el sentido de que la morfología opera con fragmentos de derivación para producir o seleccionar formas del paradigma. Así, las palabras *nube* y *nuboso* están relacionadas, pero no derivacionalmente. Las dos son construcciones

³⁵ Ese es el planteamiento de Anderson, que compartimos: “Whatever its surface plausibility, the view of words as built up out of morphemes is fundamentally flawed, and should be replaced by a rather different conception” (Anderson 1992: 3).

sobre el mismo concepto, aunque ciertamente no expresan el mismo concepto, en virtud de la derivación de cada una.

Como dice Williams (2007), lo característico de la MD es que los nudos terminales de los árboles no son palabras, sino morfemas, de manera que en dicho modelo las oraciones están formadas directamente con morfemas sin intervención de la noción de palabra (Williams 2007: 359). El modelo esbozado en estas páginas reivindica la relevancia de las palabras, pero no como unidades léxicas, sino como fragmentos de derivación vinculados a la fonología. La cuestión es hasta qué punto esa concepción de la palabra realmente explica aquellos aspectos que sustentan la hipótesis lexicista y a la vez permite prescindir de la misma. Williams (2007: 356) los resume de la siguiente manera:

- (13) a. The word system provides input objects to the phrasal system (asymmetry)
- b. The objects of the word system are atomic in the phrasal system (atomicity)
- c. The word system and the phrasal system can have different internal syntax (internal constitution)
- d. The word system is subject to a condition of ‘immediate resolution’ (locality or word-internal atomicity) which is irrelevant in the phrasal system.

Afirma Williams que, o bien los hechos de (13) no son tales, o bien “we need something like the Lexical Hypothesis” (2007: 356). El modelo antilexicista que hemos propuesto sugiere que (13a) y (13c) realmente no son hechos incuestionables al poner de manifiesto la continuidad entre la sintaxis léxica y la sintaxis frasal. Tanto (13b) como (13d), en la medida en que sean distintos, se explicarían de manera alternativa a la explicación basada en la hipótesis lexicista, precisamente a través de la hipótesis de que las palabras son fragmentos de derivación cuyos núcleos se materializan inmediatamente. La materialización (inserción léxica) hace esas derivaciones opacas a otros procesos de movimiento de núcleo o incorporación, dando cuenta de la atomicidad léxica.

Las teorías lexicistas, como las teorías tradicionales basadas en la morfología indoeuropea, parten de las palabras y las proyectan en la sintaxis. Las teorías sintactistas deshacen la palabra, arrinconándola como epifenómeno y se centran en la construcción sintáctica de las oraciones a base de morfemas. El modelo presentado pretende combinar lo mejor de las dos tradiciones: por una parte la palabra se construye sintácticamente, es sintaxis, pero por otra parte, la palabra (aunque sólo como forma

fonológica/morfológica) existe independientemente, como un sistema de materialización y linearización de estructuras sintácticas.

Las palabras, pues, no existen como unidades léxicas almacenadas y previas a la sintaxis, sino que existen como formas fonológicas memorizadas y organizadas en paradigmas (más o menos sistemáticos y extensos). La sintaxis forma derivaciones empleando categorías funcionales y conceptos; parte esencial de la derivación es la categorización (lexicalización) de los conceptos, momento en el que se accede al componente fonológico y se crea o se identifica una palabra, esto es, un fragmento de derivación asociado a una forma fonológica o a un paradigma.

Epílogo especulativo

Es importante notar que en nuestro modelo las palabras no duplican a los conceptos extralingüísticos, no los copian ni los traducen, sino que simplemente los computan sintácticamente. Cuando alguien ve un libro, suponemos que accede a su concepto de libro, no al significado de la palabra *libro* (que asumimos que no existe). Por tanto, cuando en vez de ver un libro oímos la palabra *libro*, cabe seguir suponiendo que accedemos al concepto de libro, y no al significado de esa palabra. Pero cuando usamos el lenguaje no accedemos al concepto directamente, sino a través de la estructura sintáctica de la palabra *libro*. Podría decirse entonces que la sintaxis contribuye a la creación de un sustituto de la representación perceptiva del propio libro. El lenguaje en realidad construye sustitutos de las percepciones y de las emociones. La oración *El hombre que viste ayer* proporciona complejas y sofisticadas instrucciones para sustituir en el cerebro del interlocutor la percepción pasada de tal hombre. El lenguaje permite al cerebro experimentar percepciones y estados que no son reales, y lo interesante es que lo hace a través de operaciones que emulan las operaciones perceptivas. Dichas operaciones están condicionadas por las categorías funcionales, incluyendo las básicas (*A*, *N*, *V*) que orientan los conceptos como eventos, propiedades, objetos, etc. y las demás, como el tiempo, la cantidad, la definitud, etc. Las personas acumulan conceptos porque es lo único que entiende su cerebro y cuando piensan, lo que hacen es manipular conceptos, relacionarlos, compararlos, posicionarse respecto a ellos. Pero para ello no hacen falta más conceptos, sino categorías funcionales, sintaxis. Las personas normalmente no quieren comunicar conceptos, sino que quieren que los demás reproduzcan en sus cerebros las operaciones que hacemos con los conceptos;

queremos comunicar las relaciones entre conceptos, cómo los percibimos, cómo los entendemos, cómo nos emocionan. Y por ello las palabras no se corresponden con conceptos, sino con computaciones sintácticas. Cuando le decimos a alguien *He visto el libro* no queremos hablar del concepto de *libro* ni del concepto de *ver* (sólo los filósofos lo hacen), lo que queremos es reproducir en su mente la escena de nosotros mismos viendo el libro, como si ese alguien estuviera presente. La única estrategia para ello es computar conceptos con categorías funcionales y traducir fonológicamente esos cómputos. Seleccionamos los conceptos más afines a los objetos y eventos implicados y construimos estructuras empleando categorías funcionales que aporten la emulación suficiente de los estímulos perceptivos que habría tenido el oyente de estar presente, esto es, intentamos que tenga una sensación parecida a la que habría tenido de ser testigo directo del evento modificando sus propios conceptos. Ello explica que cuando entendemos la palabra *andar* son los circuitos cerebrales que empleamos para andar realmente los que se activan en nosotros. Porque la palabra *andar*, además de su sintaxis, incluye al propio “concepto” motor de andar, no un significado o un signo del mismo.

Antes se afirmaba que una lengua que no se usara para hablar no requeriría palabras, sino que se bastaría con conceptos y sintaxis. Pero una lengua así sólo daría acceso a nuestros propios conceptos y a nuestras propias experiencias. Cabe pensar que tendríamos una rica vida interior, pero casi seguro que sería diferente. Al conectar el sistema C-I con el sistema S-M asociamos una computación (que incluye conceptos e instrucciones para interpretarlos) a una forma fonológica. Esto se puede interpretar como un sistema adicional de memoria. En el proceso de derivación asociamos un fragmento de computación (*libro*) a una forma fonológica. Eso no es un concepto, sino que es, por así decirlo, un punto de vista sobre un concepto, son instrucciones para computar un concepto. La computación mínima (la palabra) entra en un sistema de memoria nuevo: la forma fonológica. La forma fonológica es una traducción de la computación sintáctica en el sistema motor. Ello permite almacenar y reutilizar computaciones y aprender las computaciones de los demás. Cuando aprendemos una lengua aprendemos a hacer computaciones de conceptos a partir de lo que han hecho otros. Y eso también marca la diferencia.

Referencias

- ACKEMA, P. y NEELEMAN, A. (2007): “Morphology \neq Syntax”, en Ramchand y Reiss (eds.): 324-352
- ANDERSON, S.R. (1992): *A-Morphous Morphology*, Cambridge, Cambridge University Press
- BAKER, M. (1988): *Incorporation*, Chicago, University of Chicago Press
- BAKER, M. (2003): *Lexical Categories*, Cambridge, Cambridge University Press
- BOECKX, C. (2008): *Bare Syntax*, Oxford, Oxford University Press
- BOECKX, C. (2010): *Language in Cognition. Uncovering Mental Structures and the Rules Behind Them*, Oxford, Wiley-Balckwell
- BORER, H. (2005a): *Structuring Sense. Vol. I: In Name Only*, Oxford, Oxford University Press
- BORER, H. (2005b): *Structuring Sense. Vol. II: The Normal Course of Events*, Oxford, Oxford University Press
- BURSILL-HAL, G.L. (1971): *Speculative grammars of the middle ages. The doctrine of partes orationis of the modistae*, La Haya, Mouton
- CHOMSKY, N. (1995): *The Minimalist Program*, Cambridge MA, The MIT Press
- CHOMSKY, N. (2005): “On Phases” Manuscrito, MIT
- EMBICK, D. y R. NOYER (2007): “Distributed Morphology and the Syntax-Morphology Interface”, en Ramchand y Reiss (eds.): 289-324
- FÁBREGAS, A. (2005) *The Definition of the Grammatical Category in a Syntactically Oriented Morphology: The Case of Nouns and Adjectives*, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid
- FÁBREGAS, A. (2009): “Evidence for multidominance in Spanish agentive nominalizations”. Manuscrito, Universidad de Tromso
- HALE, K. y S.J. KEYSER (2002): *Prolegomenon to a Theory of Argument Structure*, Cambridge MA, The MIT Press
- HAUSER, M.D., N. CHOMSKY y W.T. FITCH (2002): “The Faculty of Language: What Is It, Who Has It, and How It Evolve?”, *Science*, 298: 1569-1579.
- HOPPER, P. y THOMPSON, S. (1984): “The Discourse Basis for Lexical Categories in Universal Grammar”, *Language*, 60: 703-752
- HURFORD, J.R. (2007): *The Origins of Meaning*, Oxford, Oxford University Press.

- JACKENDOFF, R. (1975) "Morphological and Semantic Regularities in the Lexicon", *Language*, 51-3: 639-671
- JULIEN, M. (2002): *Syntactic Heads and Word Formation*, Oxford, Oxford University Press
- JULIEN, M. (2007): "On the Relation between Morphology and Syntax", en Ramchand y Reiss (eds.): 209-238.
- KRATZER, A. (1996): "Severing the external argument from its verb", en J. Rooryck y L. Zaring (eds.): *Phrase Structure and the Lexicon*. Dordrecht, Kluwer: 109-137.
- MACDONALD, J.D. (2008): *The Syntactic Nature of Inner Aspect. A minimalist Perspective*, Ámsterdam, John Benjamins
- MARANTZ, A. (1997): "No Scape from Syntax", *University of Pennsylvania Working Papers in Linguistics*, 4-2: 201-225.
- MARANTZ, A. (2000): "Reconstructing the Lexical Domain with a Single Generative Engine". Manuscrito, MIT
- OTT, D. (2009): "The Evolution of I-Language: Lexicalization as the Key Evolutionary Novelty", *Biolinguistics*, 3.2-3: 255-269
- RAMCHAND, G. (2008): *Verb Meaning and the Lexicon. A First Phase Syntax*, Cambridge: Cambridge University Press
- RAMCHAND, G. y C. REISS (eds.) (2007): *The Oxford Handbook of Linguistic Interfaces*. Oxford, Oxford University Press
- SAUSSURE, F. (1916): *Cours de linguistique générale*, París, Payot (Citado por la edición de T. de Mauro y traducción de A. Alonso. *Curso de lingüística general*, Madrid, Alianza, 1983).
- STEWART, T. y STUMP, G. (2007): "Paradigm Function Morphology and the Morphology-Syntax Interface", en Ramchand y Reiss (eds.): 383-421
- STUMP, G. (2001): *Inflectional Morphology*, Cambridge, Cambridge University Press
- WILLIAMS, E. (2007): "Dumping Lexicalism", en Ramchand y Reiss (eds.): 353-381